
Dimensiones olvidadas del evangelio: El evangelio de Dios*

Dr. Pablo Sywulka
Rector y profesor de Nuevo Testamento
Seminario Teológico Centroamericano

Existe confusión sobre el significado de las palabras “evangelio” y “evangelizar”. En griego se usaban de anuncios de gran importancia. Un estudio del uso paulino revela una dimensión a veces olvidada: que el evangelio es “de Dios”. Proviene de Dios y habla de él. Anuncia su naturaleza, por ejemplo su justicia, y su obra salvadora, incluyendo su propósito, llamado y acción. Al proclamar el evangelio, debemos dar a conocer lo que dice acerca de Dios.

There is confusion about the meaning of the words “gospel” and “evangelize.” In Greek they were used of proclamations of great importance. A study of Pauline use reveals an often overlooked dimension: that the gospel is “of God.” It originates in God and it speaks of him. It announces his nature, for example his justice, and his salvific work, including his purpose, call and action. When we proclaim the gospel, we should make known what it says about God.

INTRODUCCIÓN

Hoy día hay muchas voces que pretenden proclamar el evangelio. Entre ellos, incluso hay quienes insinúan ser portadores exclusivos de un evangelio verdadero o “completo”. La multiplicidad de mensajes ha creado cierta confusión sobre el significado de la palabra “evangelio”. Esta confusión no es algo nuevo. El término “evangelio” se ha usado de diferentes maneras desde los tiempos de la iglesia primitiva. El apóstol Pablo habla en su Epístola a los Gálatas de personas que predicaban un supuesto evangelio que no

* Este artículo forma parte de las Conferencias Teológicas del SETECA, impartidas por el Dr. Sywulka del 21 al 25 de mayo de 2002.

era realmente evangelio (1:6-7). En nuestro contexto latinoamericano, recordamos la llamada “evangelización” del subcontinente de parte de España en el siglo XVI. Para los conquistadores, el “evangelio” era la fe cristiana en su forma catolicorromana, y “evangelizar” era lograr que los habitantes del nuevo mundo aceptaran dicha fe por las buenas o por las malas.

Todavía en nuestros días existe cierta confusión sobre el significado que deben tener las palabras “evangelio” y “evangelizar”. A pesar de todo lo que se ha escrito sobre el tema, existe, en las palabras de Ernest Reisinger, “una ignorancia asombrosa sobre qué es el evangelio y qué hace cuando se recibe de manera salvífica”.¹ Otro escritor reciente, William Campbell, hablando del apóstol Pablo, observa que “hay desacuerdo sobre lo que precisamente constituye su evangelio”.²

La discusión sobre este tema va mucho más allá de una simple definición de términos. En juego está la proclamación misma de la fe cristiana. Nuestro concepto de lo que es el evangelio debe venir de la única fuente totalmente fidedigna para nuestra fe, las Sagradas Escrituras. Es de suma importancia que entendamos el concepto bíblico del evangelio. Así podremos llegar a un concepto bien fundado y equilibrado del evangelio, y evitaremos el peligro de reducirlo a una fórmula limitada que nos impida conocer su riqueza. A la vez, evitaremos el peligro opuesto, el de agregar al evangelio elementos que vayan más allá de lo que la Biblia misma enseña.

Una forma de reducir el mensaje evangélico es enfocarlo casi exclusivamente en el perdón de pecados. Hace más de cincuenta años Lewis Sperry Chafer, el primer presidente del *Dallas Theological Seminary*, expresó su preocupación por el hecho de que “en la gran mayoría de sermones evangelísticos, se ofrece a los inconversos solamente el perdón de pecados”, y agrega que “el cristiano es muchísimo más que un pecador perdonado”.³ Más

¹ Ernest C. Reisinger, *The Law and the Gospel* (Phillipsburg, Nueva Jersey: Presbyterian and Reformed Publishing Company, 1997), pág. 168.

² William S. Campbell, *Paul's Gospel in an Intercultural Context* (Frankfurt: Lang, 1991), pág. 161.

³ Lewis Sperry Chafer, *Preaching the Gospel* (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1940), pág. 7.

recientemente, el misionólogo Lesslie Newbigin expresó la misma preocupación acerca de “una perspectiva del evangelio que lo reduce totalmente al perdón de pecados”.⁴

En el otro extremo encontramos “evangelios” con elementos agregados para los cuales sería difícil encontrar un respaldo en el texto bíblico. Según el escritor filipino Lourdino Yuzon, por ejemplo, la proclamación del evangelio incluye “el derecho de cada persona a disfrutar de los recursos materiales de comida, ropa, vivienda, educación, diversión y remuneración económica”.⁵ Podríamos mencionar en esta misma línea el evangelio de la teología de la liberación, que proclama transformación de las condiciones socio-políticas; el evangelio de la prosperidad, que promete la abundancia económica; o el evangelio de la satisfacción personal, que ofrece libertad interior y autoestima.

Reconocemos que la palabra “evangelio” puede usarse de diferentes maneras en nuestro medio, incluso con acepciones seculares. Sin embargo, la tarea de las disciplinas bíblicas y teológicas es buscar el sentido de las palabras del texto bíblico dentro de las propias Escrituras. Como observa acertadamente el erudito neotestamentario N. T. Wright, debemos usar las palabras que se encuentran en el Nuevo Testamento con el sentido que el mismo Nuevo Testamento les da.⁶

Los escritos del apóstol Pablo son de interés especial en este estudio. De las 75 veces que aparece en el Nuevo Testamento el vocablo εὐαγγέλιον, 60 se encuentran en las epístolas paulinas. Si agregamos por razones estadísticas el verbo εὐαγγελίζομαι, dichas epístolas representan el 63% de los usos de estos dos términos. El concepto que el apóstol a los gentiles tenía del evangelio no difiere significativamente de lo que

⁴ Lesslie Newbigin, *Truth to Tell: The Gospel and Public Truth* (Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1991), pág. 72.

⁵ Lourdino A. Yuzon, “Communicating the Christian Message”, *South East Asia Journal of Theology*, 23/1 (1982), pág. 53.

⁶ N. T. Wright, *What Saint Paul Really Said: Was Paul of Tarsus the Real Founder of Christianity?* (Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company; Cincinnati: Forward Movement, 1997), pág. 41. Wright observa que si imponemos nuestro sentido a un término del Nuevo Testamento, cerramos la puerta a la posibilidad de conocer lo que el texto en verdad está diciendo.

entendían los demás escritores neotestamentarios, pero en vista del desarrollo amplio que sus cartas hacen del tema, ellas constituyen una mina especialmente rica en información.

Lo que nos proponemos es investigar el sentido paulino de los términos εὐαγγέλιον y εὐαγγελίζομαι, con el fin de enriquecer, ampliar y quizá perfeccionar nuestra comprensión de estos términos importantes. Enfocaremos primero el evangelio de Dios. Luego, en artículos posteriores, comentaremos el evangelio del Cristo exaltado y, en tercer lugar, el evangelio para la comunidad.

Antes de entrar directamente al primer tema, conviene que hablemos un poco sobre el significado del término griego εὐαγγέλιον, del cual viene nuestra palabra “evangelio”. En su raíz significa “buena noticia”.⁷ En cuanto a su uso, puede significar “buena noticia” o sencillamente “noticia”. Sin embargo, conlleva un sentido mayor que sencillamente “noticia” o aun “buena noticia”. Tanto en su uso secular en la cultura greco-romana como en el contexto religioso judío, las palabras εὐαγγέλιον y εὐαγγελίζομαι se refieren a un anuncio de gran importancia.⁸ Se puede notar esto especialmente en la última sección del libro de Isaías, donde el profeta anuncia la dramática intervención de Dios para salvar a su pueblo. Isaías 52:7 en los LXX, por ejemplo, ocupa el verbo εὐαγγελίζομαι dos veces cuando se refiere a “los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación, del que dice a Sion: ¡Tu Dios reina!” Este trasfondo se debe tomar muy en cuenta para comprender lo que lo que los escritores del Nuevo Testamento querían comunicar al utilizar la palabra “evangelio”. Y

⁷ El término εὐαγγέλιον se compone de una combinación de dos elementos: el prefijo εὖ, que significa “bueno”, y el vocablo ἀγγέλιον, que significa “anuncio”. La raíz de una palabra puede ilustrar su significado, pero no lo determina. El vocablo εὐαγγέλιον habla de noticias que por lo general son buenas, pero no necesariamente lo son. El elemento constante en la palabra “evangelio” es el de un anuncio importante.

⁸ Por ejemplo, un triunfo militar o un nacimiento. Εὐαγγελίζω se usa para el anuncio de una victoria del general Apolonio por el año 120 de nuestra era, y εὐαγγέλιον aparece en referencia con el día del nacimiento del emperador Augusto. Véase James Hope Moulton y George Milligan, *The Vocabulary of the Greek New Testament* (Londres: Hodder & Stoughton, 1930), pág. 259. Los mismos usos se encuentran en los LXX en 2 S. 18:20 y Jer. 20:15.

precisamente ese sentido antiguotestamentario—el anuncio de la obra salvadora de Dios—nos lleva a considerar la primera dimensión que a veces olvidamos cuando pensamos en el evangelio.

EL EVANGELIO DE DIOS

En casi la mitad de las veces que el apóstol Pablo usa el vocablo εὐαγγέλιον, lo usa solo, sin calificativos. En dichos casos él da por sentado que sus lectores entienden el significado de la palabra. Pero también le gusta al apóstol calificar el término, describiéndolo como “de Dios” (seis veces), “de Cristo” (ocho veces), “de salvación” (Ef. 1:13), “de paz” (Ef. 6:15) y “de gloria” (2 Cor. 4:4), por ejemplo.

La primera de estas expresiones, “el evangelio de Dios”, se encuentra dos veces en Romanos (1:1; 15:16), una vez en 2 Corintios (11:7) y tres veces en 1 Tesalonicenses (2:2, 8, 9). El genitivo “de Dios”, por una parte, indica que el evangelio tiene su origen en Dios, pero por otra parte, señala el contenido del mensaje. Según el comentarista James Dunn, la expresión refleja “el tema frecuente en los LXX...de la proclamación de buenas nuevas provenientes de Dios y acerca de Dios”.⁹

Que el evangelio sea “de Dios” es importante para Pablo. Repite la expresión seis veces. Solamente la frase “evangelio de Cristo” aparece con mayor frecuencia en sus escritos. Desde luego, Cristo ocupa un lugar céntrico en la proclamación del evangelio, pero el lugar que ocupa Dios en el mensaje no debe pasarse por alto. Los atributos y las acciones de Dios forman parte integral de la proclamación del evangelio. Sirven como una introducción al mensaje acerca de Cristo, y presentan un marco de referencia indispensable para comprender la persona y la obra de nuestro Salvador. Tal como lo señala Russell Penney, el mensaje del evangelio “se puede comprender solamente si el oyente tiene un concepto claro de lo que la Biblia enseña acerca de la natura-

⁹ James D. G. Dunn, *The Theology of Paul the Apostle* (Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1998), pág. 167. La expresión εὐαγγέλιον [τοῦ] θεοῦ principalmente enfatiza a Dios como el autor o fuente del mensaje; sin embargo, el mensaje que viene de Dios también dice algo acerca de él.

leza de Dios, así como la naturaleza y el propósito de los eventos relacionados con la muerte, sepultura y resurrección de Cristo”.¹⁰

La proclamación del evangelio incluye el anuncio de quién es Dios y qué es lo que él hace. A continuación examinaremos estas dos facetas del mensaje evangélico.

El anuncio de la naturaleza de Dios

Uno de los atributos de Dios enfatizados en el evangelio es su justicia. Pablo declara en la introducción de su Epístola a los Romanos que “en el evangelio la justicia de Dios se revela” (1:17). Se ha desatado un debate vigoroso sobre el sentido en que el apóstol usa la frase “la justicia de Dios”. Algunos autores, refiriéndose al uso de la expresión hebrea equivalente en el Antiguo Testamento, proponen que debe traducirse “la fidelidad de Dios”. Por ejemplo, J. C. Beker declara que “*dikaiosyne theou* debe entenderse, por una parte, como la fidelidad de Dios a sí mismo y, por otra parte, como su actividad redentora en acuerdo con su fidelidad”.¹¹ Peter Stuhlmacher, por su lado, toma la postura de que la justicia de Dios significa “justicia divina en y por medio de Cristo, en virtud de la cual los que creen...obtienen la vida”.¹² No podemos entrar en los pormenores del debate, pero quisiera sugerir como posible solución que la manera más natural de entender “la justicia de Dios” es como una referencia a su carácter justo.

Siguiendo el hilo de pensamiento del apóstol Pablo en los primeros capítulos de Romanos, notamos que el carácter justo de Dios demanda que él imparta un “justo juicio” (δικαιοκρισία, Ro. 2:5). Por ser justo, él es totalmente imparcial (2:11). La sentencia justa que él dicta incluye castigo por el pecado (2:8-10) y recompensa por hacer el bien (2:7, 10). Sin embargo, nadie califi-

¹⁰ Russell L. Penney, “The Nature and Purpose of the Suffering and Death of Christ,” en Mal Couch, ed., *The Fundamentals for the Twenty-first Century* (Grand Rapids: Kregel, 2000), pág. 235.

¹¹ J. C. Beker, “The Faithfulness of God and the Priority of Israel in Paul’s Letter to the Romans,” en Karl P. Donfried, ed., *The Romans Debate*, ed. revisada y ampliada (Peabody, Massachusetts: Hendrickson, 1991), pág. 331.

¹² Peter Stuhlmacher, “The Theme of Romans,” en Donfried, *The Romans Debate*, pág. 335.

ca para recibir la recompensa en vista de que “todos están bajo pecado” y “no hay justo, ni aun uno” (3:9, 10). Frente a este dilema, Dios mismo provee la solución. Él da su propia justicia a los que creen en Jesucristo (3:22), y lo hace en acuerdo total con su carácter justo, en vista de que la muerte propiciadora de Cristo ya satisfizo sus justas demandas (3:25-26).

La justicia de Dios proclamada en el evangelio, entonces, habla tanto del carácter justo que él posee, como de la justicia que él imparte justamente (y fielmente) a aquellos que responden con fe al mensaje.

El evangelio también anuncia otros atributos de Dios. Pablo, al referirse al evangelio en 2 Timoteo 1:8-10, hace mención del poder de Dios, de su santidad, de su gracia, su soberanía y su eternidad. Romanos 16:25-27 relaciona el evangelio con tres atributos de Dios: él es “eterno”, “único” y “sabio”.

La obra salvadora de Dios

Además de anunciar el carácter de Dios, el evangelio proclama lo que él ha hecho para la salvación. El primer versículo de Romanos identifica el evangelio como “de Dios”, es decir, proveniente de él y acerca de él. El segundo versículo puntualiza que Dios prometió el evangelio “antes por sus profetas en las santas Escrituras”. Además de esa obra preparatoria, otros aspectos de su actividad salvífica aparecen en el desarrollo de la carta. Por ejemplo, “Dios puso como propiciación” a Cristo (3:25), nos mostró su amor en la muerte de Cristo (5:8) y nos reconcilió consigo mismo por esa misma muerte (5:10).

Un pasaje que comenta con algo de detalle la obra de Dios en relación con el evangelio es 2 Timoteo 1:8-11. El evangelio se relaciona con Dios en el inicio del pasaje, donde Pablo exhorta a Timoteo a participar “de las aflicciones por el evangelio según el poder de Dios” (1:8b). Al final del pasaje, el apóstol hace referencia a su comisión para ser predicador del evangelio (1:10b, 11). Estas dos referencias forman un *inclusio*¹³ que sirve para

¹³ El término *inclusio*, que viene del latín, describe el fenómeno literario que se da cuando una palabra o idea aparece tanto al principio como al final de un

relacionar el pasaje completo con el tema del evangelio. Tres aspectos de la obra de Dios sobresalen en estos versículos: su propósito salvífico, su llamado salvífico y su acción salvífica. Cada uno de ellos amerita consideración.

El apóstol señala en el v. 9 que la obra salvadora de Dios es “según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada antes de los tiempos de los siglos” (1:9). El evangelio proclama que la salvación en Cristo tiene su origen en el propósito soberano de Dios, establecido desde la eternidad pasada. También proclama que esa salvación es gratuita, algo que “nos fue dado” como regalo, exclusivamente sobre la base de la gracia de Dios y no por causa de “nuestras obras”. El hecho que Dios prometió el evangelio de antemano en las Escrituras (Ro. 1:2) presupone que dicho anuncio está dentro de su plan. El propósito soberano de Dios para la salvación, planeado desde la eternidad pasada y prometido en las Escrituras, forma parte importante del evangelio en Pablo.

El llamado de Dios a la salvación es otro aspecto de su obra que el evangelio proclama. Pablo dice que Dios “nos salvó y llamó con llamamiento santo” (1:9). Al llamarnos soberanamente a la salvación, Dios tenía una meta, la de lograr efectivamente nuestra santidad. El llamado a la salvación es a la vez un llamado a ser santos.¹⁴ En 2 Tesalonicenses 2:13-14 Pablo relaciona el llamado a la salvación en el evangelio con la obra de “santificación por el Espíritu” y la meta de “alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo”. Este pasaje hace eco de la preciosa enseñanza en Romanos 8:28-30 acerca del propósito de Dios en llamarnos a la salvación. Dicho propósito se describe como el de hacernos “conformes a la imagen de su Hijo” y el de glorificarnos. Dios nos llama a un proceso de santificación que comienza en el momento de la salvación y culmina con nuestra glorificación.

La obra de Dios proclamada en el evangelio también incluye su acción salvadora directamente. Según 2 Timoteo 2:9, Dios es

segmento literario, y sirve como un tema unificador para dicho segmento. El segmento puede ser un párrafo, como en este caso, una sección de un libro, o un libro entero como en el caso de Romanos, donde el evangelio es tema clave tanto en el primer párrafo como en el último.

¹⁴ Martin Dibelius y Hans Conzelmann, *The Pastoral Epistles* (Hermeneia; Filadelfia: Fortress Press, 1972), pág. 99.

“quien nos salvó”. En Filipenses 1:28, después de mencionar el evangelio, Pablo hace referencia a la salvación de sus lectores, y luego agrega: “y esto de Dios”.

La acción salvadora de Dios anunciada en el evangelio se realiza por medio de su poder. Pablo relaciona el evangelio con el poder de Dios en 2 Timoteo 1:8-9. A los tesalonicenses les recuerda que el evangelio llegó a ellos “con poder” (1 Tes. 1:5) y afirma a los romanos que el evangelio “es poder de Dios para salvación” (Ro. 1:16). Como observa Leon Morris, “no es simplemente que el evangelio habla de poder, aunque de hecho, así es. Pero cuando se predica el evangelio, Dios está allí y Dios está obrando. El evangelio ‘es’ poder”.¹⁵

El propósito, el llamado y la acción de Dios para realizar la salvación se encuentran entrelazados en el mensaje del evangelio. Pablo combina estos elementos cuando escribe a los tesalonicenses: “Debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad, a lo cual os llamó mediante nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo” (2 Ts. 2:13-14). La obra de Dios por la cual planificó la salvación y ahora la efectúa poderosamente es un aspecto fundamental del mensaje del evangelio.

El evangelio no termina con la obra de Dios. Ésta, más bien, sirve como una introducción al corazón cristológico del mensaje. Pero el anuncio en cuanto a Dios en el evangelio es una introducción esencial para el mensaje de Cristo. Provee, en las palabras de Will Metzger, el indispensable “contexto para los puntos del evangelio” sin el cual “la comunicación no puede realizarse”.¹⁶

Conclusiones y aplicación

¹⁵ Leon Morris, *The First and Second Epistles to the Thessalonians* (New International Commentary on the New Testament; Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1959), pág. 57.

¹⁶ Will Metzger, *Tell the Truth: The Whole Gospel to the Whole Person by Whole People* (Downers Grove, Illinois: InterVarsity Press, 1981), pág. 30.

La primera conclusión que podemos sacar de este estudio es que, al presentar el evangelio, debemos incluir lo que dicho mensaje proclama en cuanto a Dios. Un ejemplo sencillo se puede ver en las *Cuatro leyes espirituales* que comienzan con las palabras, “Dios le ama...”. Allí es donde se debe comenzar, en Dios. Uno de los predicadores del evangelio que más respeto es el Dr. Billy Graham. Comencé a escuchar sus predicaciones hace unos 48 años, y lo he oído repetidas veces. Dos cosas me han impresionado en cuanto a sus mensajes: siempre proclama a Cristo, y siempre habla de la persona y la obra de Dios. Nos toca a nosotros hacer lo mismo.

Una segunda conclusión se relaciona con las misiones transculturales. Entre más alejada esté una cultura del conocimiento de la fe cristiana, más indispensable se hace crear el contexto teológico necesario para que el evangelio se pueda entender. El proceso puede llevar mucho tiempo, pero es necesario. Algunos de los insignes frailes a principios de la colonización española entendían esto. Mientras en la mayoría de los casos la forma de la fe cristiana se imponía, Bartolomé de las Casas comprendió que si se iba a realmente ganar a los indígenas para la fe, era necesario que primero ellos la comprendieran. Es así como inició su llamada “conquista pacífica” de las Verapaces¹⁷ en Guatemala, con la participación de cantores indígenas preparados, quienes explicaban la historia de la Biblia por medio de cantos y dramatización.¹⁸ Parece que comenzaban con el relato de la creación, siguiendo con la historia de Dios en el Antiguo Testamento, hasta llegar a la historia de Jesucristo. Quien realiza hoy el trabajo misionero transcultural también debe asegurarse de que sus oyentes hayan comprendido el contexto teológico indispensable para que puedan entender el mensaje acerca de Cristo.

¹⁷ “Las Verapaces” incluyen los departamentos actuales de Alta Verapaz y Baja Verapaz, en Guatemala. Los españoles inicialmente describieron la región como “Tierra de Guerra”. Fue como resultado de la “conquista pacífica” dirigida por las Casas que designaron dicha área como “Tierra de paz” o “Verapaz”.

¹⁸ Para una discusión y análisis de la conquista pacífica dirigida por Las Casas, ver Ernesto Chinchilla Aguilar, ed., *Dominación española: Desde la Conquista hasta 1700*, tomo 2 de *Historia general de Guatemala*, ed. Jorge Luján Muñoz (Guatemala: Fundación para la Cultura y el Desarrollo, 1994), págs. 629-32.

Una tercera conclusión tiene que ver con la manera en que buscamos una respuesta al mensaje del evangelio. Están de moda las cifras y el número de supuestos convertidos. Pero debemos cuidarnos de presionar para lograr decisiones, o de confiar en que quien levantó la mano se convirtió. No puede haber conversión genuina sin comprensión genuina del mensaje. Mi tío trabajó varios años como pastor de una iglesia hispana en la ciudad de El Paso, Texas. Después de una campaña evangelística a nivel de toda la ciudad, le entregaron unas 200 tarjetas de personas que habían reportado una decisión. Después de visitar a casi todas esas personas, concluyó que ninguna de ellas se había convertido realmente. Aparentemente, ninguna de ellas había entendido el evangelio.

Una de las mejores estrategias para que las personas comprendan el mensaje antes de tomar una decisión son los grupos de estudio bíblico, especialmente en el contexto del hogar. Allí las personas pueden hacer preguntas y pueden dialogar. Allí el inconverso puede pasar por un proceso de conocimiento creciente que le permite tomar con plena convicción su decisión de creer en Cristo. No quisiera dar la idea de que la invitación en una reunión masiva o pública está fuera de orden. Muchas personas han recibido la salvación de esa manera. Pero lo que sí quisiera enfatizar es que, sea donde sea que se estudia la Biblia o se proclama el evangelio, debemos hacer todo lo posible por que las personas no solamente escuchen el mensaje acerca de Cristo, sino también comprendan el mensaje acerca de Dios que le da el sentido teológico al mensaje acerca de Cristo.

Nunca olvidemos que el evangelio incluye el mensaje acerca de Dios.